



FIG. 1. A la izquierda, el plano de Madrigal en el *Atlas de Coello* (1864). A la derecha, restitución del trazado de la muralla de Madrigal, sobre cartografía de Cervera Vera.

drigal, y que todos obraron fiados en la corrección del plano publicado por Coello, dejándose llevar por la autoridad concedida al documento gráfico.

Pero la cadena del error que inicia Lallave se mantiene hasta hoy: en 1995 el número dedicado a los cascos históricos de las ciudades españolas por la *Revista del Ministerio de Obras Públicas* reproduce de nuevo el plano del *Atlas de Coello*, tomándolo por correcto.

Sin embargo, los elementos para la duda estaban contenidos en el propio plano de 1864, pues el contorno circular de la muralla plantea dos posibilidades: si la muralla y el viario urbano fuesen coetáneos no se entendería por qué el segundo no es también regular; si la cerca fuese posterior al núcleo urbano, como efectivamente lo es, no se comprende cual pudiera ser el punto elevado desde el que se hiciera el tendido de cuerda sin tropezar con el caserío y, en especial, con la fábrica de la parroquia de Santa María, edificada, además, sobre un pequeño montículo; la dificultad que ese tendido supondría era, desde luego, soluble, pero tan costosa y arriesgada para la época que resulta impensable. En nuestro caso, esa duda nos llevó, en su día, a examinar la hoja correspondiente del Mapa Topográfico 1:50.000 (nº 454, 1ª edición 1935), en la que pese a la escala, el trazado básico de Madrigal se percibe perfectamente. Esa simple consulta, posible desde hace sesenta años, pone de manifiesto el error contenido en la representación de Coello.

El interés del folleto de Cervera estriba en la identificación del origen del error y en la publicación de la traza real de la cerca madrigaleña (sin detallar su estado de conservación actual), con lo que, si bien nos priva de una de las representaciones típicas de nuestra historia urbana, hace evidente que en el manejo de cartografía histórica, como en el de cualquier clase de documentación, toda precaución es poca, y que incluso obras tan valiosas y meritorias como la de Coello deben ser sometidas a una crítica previa.— FRANCISCO QUIRÓS LINARES

*Una forma de mirar el alto Pirineo aragonés**

Un buen geógrafo debe tener siempre consigo su herramienta de trabajo, la mirada, pero además debe considerar en qué estado se encuentra, esto es, su propia consciencia de la mirada o, dicho de otro modo, qué es lo que ve y cómo lo ve. Por ello, un libro sobre paisajes de montaña como el presente, con 200 dibujos a los que acompaña un texto explicativo es, ante todo, un libro que ha utilizado la mirada, pero no de cualquier manera, distraída, sino muy bien disciplinada, producto de mu-

* MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (1994): *Relieves del Alto Pirineo Aragonés. Itinerarios Geográficos*. Zaragoza. Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 152 págs.

chos años de entrega y esfuerzo, que nos muestra, con aparente sencillez, mediante dichos dibujos, toda la grandeza de unos muy concretos paisajes de montaña.

Es un libro que se escapa de cualquier moda o vano intento de imitación, muy al uso hoy en día, y se nos muestra por ello con una gran transparencia y diafanidad. Para su autor dibujar es como respirar, es ver de manera directa el movimiento y la vibración, la forma y las entrañas de las montañas.

Sus dibujos, de un estilo aparentemente sencillo, son el resultado de todo un proceso de autodespojamiento interior que ha abandonado cualquier tipo de sofisticación para recuperar la frescura y, también, la inocencia de una tarea que es, en sí, básicamente artesanal, que muestra un quehacer en contacto directo con dichos paisajes de montaña.

Para conseguir ese objetivo, se ha prescindido voluntariamente de realizar un libro para expertos, o incluso de desarrollar complejos argumentos que necesiten alambicadas tecnologías, aunque tampoco es un libro que vaya dirigido hacia las modas deportivas, tan al uso en estos tiempos.

A través de sus páginas, el autor nos muestra cuál es la esencia de esos lugares pirenaicos. No es, por tanto, un relato de cómo llegar y salir de ellos sino, muy al contrario, qué es lo que se siente en ellos, qué es lo que se entiende de y en ellos, cuál es su esencia. Y esos lugares son muy especiales, son las aristas, crestas y cumbres, que se nos muestran en distintas perspectivas: desde arriba, desde abajo, por la derecha, por la izquierda, por delante, por detrás... Representa, por tanto, la adopción de una actitud casi religiosa ante los grandes santuarios pirenaicos.

El libro, dedicado al Pirineo aragonés, ha sido realizado por el autor con un empeño muy personal, pues para él este segmento de dicha cordillera agrupa más que suficientes lugares con grandes valores naturales, de gran calidad paisajística.

El esquema que se ha seguido para su logro es bastante sencillo: consiste en una introducción explicativa de las áreas de cumbres y crestas de dos grandes cordales pirenaicos (las Sierras Exteriores y el Pirineo Axil), desarrollando posteriormente un conjunto de itinerarios parciales que, dicho con sus propias palabras, «se enlazan entre sí, y en los que se muestra una selección de los enclaves más expresivos y característicos». Por lo tanto, la magnífica alternancia entre un texto descriptivo y explicativo y los abundantísimos dibujos, logra una clara función divulgativa, llevándonos por unas ru-

tas con un marcado interés geográfico y, cómo no, artístico.

En resumen, y de nuevo según el autor, «ello puede permitir al “viajero común” un entendimiento mejor y concreto de los paisajes básicos que constituyen los distintos aspectos y lugares de los paisajes naturales pirenaicos».

Solamente cabría hacer, a nuestro entender, una curiosa observación, para que ese «viajero común» no se asuste ante el empeño que pone el autor en llevarnos a sus santuarios y, ya dentro de ellos, a aquellos puntos desde donde nos describe y desde donde realiza sus dibujos de cumbres y crestas, por unas rutas que no suelen coincidir con las entradas y salidas habituales, es decir, desde el fondo de los valles hasta las zonas elevadas, para luego volver a descender por el mismo camino y retomar desde la cota más baja otro valle adyacente. No. Eso es demasiado largo. Él decide introducirnos por altos e incluso muy altos collados por los que se acortan sensiblemente los itinerarios. Es decir, no nos lleva por los portales con sus correspondientes escaleras, sino de balcón en balcón, y aun de ventana en ventana. Pero no es totalmente responsable de esta jugarreta, pues a ello contribuye en gran medida la montaña, el Alto Pirineo, ya que es ésta quien impone ciertas normas y hábitos a los que la frecuentan, a los que se han acostumbrado a los vericuetos que permiten llegar, con el mejor estado de ánimo posible, a sus más recónditos rincones.

No tenemos, por tanto, sino buenos motivos para alborozarnos por la publicación de este libro con semejantes características, que va a permitir al «viajero común» salir de la atonía de la mayor parte de sus «viajes comunes» que hasta ahora ha llevado a cabo. Y por supuesto, que siga cundiendo el ejemplo.— FRANCISCO ALONSO

*Los Montes de Ciudad Real y el Campo de Calatrava**

Los trabajos de Julio Muñoz en los Montes de Toledo, que se cuentan entre las primeras tesis de Geografía Física explícita —sin que ello signifique que sean antiguos—, son el claro antecedente de este libro, procedente también de una tesis doctoral dirigida por Muñoz Jiménez, geógrafo, pues, leal a sus paisajes.

* GARCÍA RAYEGO, J. L.: *El medio natural en los Montes de Ciudad Real y el Campo de Calatrava*. Ciudad Real, Diputación Provincial, 1995, 453 págs.